

numero

DOCE

Diciembre 1930

SI, SI; NO, NO

Buenos Aires

20 CTS.

ARQUITECTURA POPULAR

Es un gran error suponer que las familias aristocráticas mantienen la tradición; salvo los pobres, muy pocos conservan las tradiciones. Los aristócratas no viven de tradiciones, sino de modas.

Chesterton.

Nuestra época ha llegado a poseer un sistema constructivo original, propio y bien diferenciado. El cemento armado y el hierro han venido a revolucionar la técnica constructiva. De la aplicación racional de este sistema constructivo está surgiendo la arquitectura de la época, el estilo de la época. Todos los auténticos estilos arquitectónicos se han formado de análoga manera.

El estilo actual, en plena y vigorosa formación, no responde, pues, a un simple y pasajero capricho estético, sino que es la necesaria consecuencia de una voluntad de expresión perfectamente determinada. No se puede instaurar un estilo auténtico a base de caprichos estéticos. Aquí se plantea un problema que no es bueno soslayar: el regionalismo o racismo arquitectónico. Sin duda alguna, toda arquitectura está estrictamente condicionada, no sólo por la época, sino también por la región en que se ha producido. La arquitectura, arte social por excelencia, es expresión concreta de toda una psicología, de toda una organización colectiva. La creciente universalización de las técnicas modernas tiende a debilitar cada día más los regionalismos arquitectónicos. Pero la técnica sola no basta para formar un estilo. Siempre queda un margen para que el lirismo particular de cada pueblo se manifieste.

Técnica y lirismo completan la ecuación arquitectónica. La variable es el elemento lírico, que no está sujeto a ninguna sistematización. El cuño racial de una arquitectura es una consecuencia de ese lirismo expresado en la obra. Un pueblo llega a marcarlo sin proponérselo de antemano, por voluntad inconsciente de una raza y no por el diseño preconcebido de un artista.

Obsesión romántica de formas y ornamentos del pasado. He aquí el error fundamental de los regionalistas "a priori". Equivocación frecuente y sólo admisible en épocas de escasa personalidad creadora. Equivocación de arquitectos engegucidos por la academia y una pésima formación intelectual.

Cuando la arquitectura deja de responder a un impulso vital profundo, degenera hasta convertirse en un pequeño y miserable problema estético: problema de falsos artistas y no problema de hombres. Es lejos de la academia y de las teo-

rias estéticas donde encontraremos entonces la pureza perdida. Hay una arquitectura aun no contaminada por la erudición y la falsa cultura, y que sigue con ingenuidad la línea tradicional: la arquitectura popular. Nunca me he explicado satisfactoriamente su torpe omisión de los manuales de historia de la arquitectura. La mayoría de las veces presenta sin embargo un interés representativo muy superior al que posee la llamada "gran arquitectura". Y en muchas ocasiones, es ella la que encierra, en su primitiva sabiduría, la única posibilidad de estilo para un arte exhausto. Arquitectura de hombres y no de arquitectos. "Busco con verdadera avidez — dice Le Corbusier — esas casas que son *casas de hombres* y no *casas de arquitectos*. La cuestión es grave. Se puede decir que la *casa de hombre es amor*". La casa de arquitectos, en cambio, es artificio. Brillat-Savarin en la arquitectura. Artificio que aparece siempre, fatalmente, en épocas de indigencia creadora. Cuando una época carece de una voluntad

de expresión propia, de un sistema constructivo bien determinado, la arquitectura comienza a vivir una vida artificial. Bajo Luis XIV, se agotan las posibilidades estáticas de la piedra. Todo lo que viene después, Luis XV, Luis XVI, imperio, neogoticismo a mediados del siglo pasado y "art nouveau" a comienzos del actual, no son más que vanos intentos de renovar la arquitectura mediante el ornamento, o de una adaptación caprichosa de sistemas constructivos que no responden a ninguna voluntad original de expresión.

La arquitectura de hombres es reemplazada entonces por la arquitectura de arquitectos. En esas circunstancias, la arquitectura popular viene a recordarnos el camino de la verdad y la pureza: porque no es obra de estetas, sino de hombres aguijoneados por una necesidad vital inmediata y un instinto artístico aun no malogrado. El pueblo procede por medios directos y simples. Y su ruda lógica no está alterada por ningún razonamiento erudito y ninguna consideración sentimental. Con elementos primarios y puros que constituyen ya un rudimentario sistema constructivo, alza sus viviendas y forma sus aldeas, surgidas así a la luz como una concreción natural de la tierra en que se levantan.

Alberto Prebisch

SUMARIO

NÚMERO: El año. — ALBERTO PREBISCH: Arquitectura popular. — CARLOS A. SÁENZ: Nota. — RÓMULO D. CARBIA: El cardenal d'Ailly y el descubrimiento de América. — RAFAEL JIJENA SÁNCHEZ: Canción del Nacimiento. — RODOLFO MARTÍNEZ ESPINOSA: De la democracia según Santo Tomás. — TOMÁS D. CASARES: San Agustín. — MARIO PINTO: Método. — JACOBO FIJMAN: Adoración de los Reyes Magos. — DIMAS ANTUÑA: El Nacimiento. — IGNACIO B. ANZOÁTEGUI: Almafuerte. — OSVALDO HORACIO DONDO: Memoria y dibujos. — JUAN ANTONIO: Capricornio (Xilografía). — Dibujos de J. A. Ballester Peña y de H. Ballester. — Fotografías de Chartres.

NOTA

El artista, que parecía enamorado de este mundo, no buscaba nada menos que el paraíso, porque nadie puede buscar otra cosa en la tierra. Persegua el poema de Dios, que es como su Nombre. Pero su esfuerzo era semejante al esfuerzo del hombre que duerme.

Un día amaneció en los atrios del Señor, cuya sombra es más dulce que la sombra de todos los bosques en primavera. Bienvenido el artista, bienvenido el hombre de sensaciones. Pero en la casa del Padre no se matará el becerro cebado, porque ya se mató el Cordero. No el paraíso sino el Reino, no la beatitud sino la Fe. Pero en el Reino el paraíso, y en la Fe la beatitud, como en el argumento lo que no aparece.

El poema de Dios, que está escrito en la naturaleza y es como el nombre de Dios, no será leído en la naturaleza sino en la Cruz.

Las cosas, alrededor de la Cruz, como una turba de servidores desfigurados y confusos, cuyos nombres olvidó su rey, aguardan la voz de la Iglesia: —Tú, incienso, arde y sé como la oración que sube; tú, color verde, resplandece en el misterio de esta dominica que es tuya, y tú, aire sonoro, salta una quinta justa entre las dos primeras sílabas del "lacrimosa".

Carlos A. Sáenz



EL CARDENAL D'Ailly y el descubri- miento de América

Desde el último tercio del siglo XVI en que se difundió el libro *Historia* tenido por obra de Fernando Colón, hijo del descubridor de América, se ha venido sosteniendo que las ideas expuestas por el cardenal Pierre D'Ailly (1350-1420), generalmente conocido por *Alíaco*, en su *Imago Mundi* tuvieron principalísima influencia en la maduración del proyecto concebido por el célebre Almirante y que remató con el hallazgo de 1492. Nunca discutióse la exactitud del aserto porque era evidente, en la documentación del celebrado nauta, el grado de dicho predominio, incuestionable desde que hasta se comprobaba con el hecho de que muchas piezas de ella contienen transcripciones literales de la obra del eminente purpurado. Por otra parte, aquel a quien consideró siempre testimonio irrecusable la clásica historiografía americanista — y nombro así al P. Las Casas — lo tenía asentado en el cap. XI del libro I de su *Historia*, con palabras de categórica claridad: *Este doctor* — se refiere a nuestro mentado cardenal — *creo cierto que a Cristóbal Colón más entre los pasados movió a su negocio*. Todo esto, no fué sin embargo hasta aquí más que el fruto genuino de una crítica mansa y desprevenida. A nadie habíasele ocurrido satisfacer el reclamo de Mr. de la Palisse, según el cual las cosas deben ser comenzadas por el principio. Y ese principio no era otro que el de la determinación del valor de autenticidad, y de veracidad consiguiente, en que se asentaba la afirmación del caso en examen. Si tal se hubiera hecho, habríase llegado a comprobar el escaso valor de los testimonios aducidos. Porque la verdad es que las piezas colombinas donde aparecen las transcripciones de Alíaco, son documentos apócrifos, según los estudios que hoy se tienen realizados, y que las notas que figuran en los márgenes del ejemplar de la *Imago* que conserva la Biblioteca Colombina — considerado siempre como propiedad del Almirante — están lejos de ser obra de su pluma, como lo ha demostrado el P. Streicher, S. J., en la monografía *Die Columbus originale*. De las 898 apostillas, en efecto, que aparecen en dicho libro, sólo 13, y no las más elocuentes, podrían admitirse como autógrafas del gran descubridor.

Y así planteada y mantenida en *statu quo* por los eruditos la interesante cuestión, ha venido a removerla, en estos momentos, la fresca reedición de Alíaco que Edmond Buron acaba de hacer en París (1). La nueva tirada lleva un largo introito del editor, quien hace acompañar su nombre por los títulos de *Archiviste du gouvernement canadien* y *ancien élève à l'École Normale Supérieure*.

(1) Edición de la *Librairie orientale et américaine de Maisonneuve Frères, Paris, 1930*.

En su prólogo el señor Buron da frecuentes tropezones. Comienza por citar mal lo que Las Casas dice de la influencia de Alíaco sobre Colón — ¡oh el castellano de las transcripciones! — errando hasta en la indicación del lugar — cap. II, dice, cuando es cap. XI — y va, de tumbo en tumbo, hasta confundir (pág. 5) la *Historia rerum ubique gestarum* de Pío



CANCION DEL NACIMIENTO

*Este Niño se lleva la flor
que los otros no.
Los cielos tiene a sus pies,
que los otros no.*

Valdivielso.

Pesebre de misia Rosa,
pesebre de misia Clara,
luminarias y cantigas
y algarazas en la plaza.

Albricias, canta la gente,
aleluyas, las campanas,
que esta noche es Noche Buena,
que esta noche es de velada,
que esta noche nace el Niño,
el Niño Dios en las almas.

Pasan bandadas de ángeles
por los patios de las casas.
Los campos brillan de luna,
la luna está perfumada.

Rafael Jijena Sánchez

II con la *Historia natural* de Plinio. Frente a casos así, es inobjetable el pensamiento de que el asunto lo ha tomado al señor Buron desprevenido. Porque de lo contrario no se explica que desconozca tantos detalles capitales, como hay derecho a sospechar que ignora después de leer su *Introduction*. El acápite que allí figura con el título de *Le problème colombiane* y sobre todo el titulado *Les études de Colomb* (pág. 16), autorizan a pensar muchas cosas desagradables acerca del dominio que de la materia americanista tiene el autor. No es esta, naturalmente, la oportunidad de puntualizar minucias. La presente nota sólo responde a una necesidad de urgencia: advertir contra un posible error y hasta llevar a noticia de los que, sin esfuerzo, creen en la sabiduría que viene sazónada por la acción tonificante del mar que nos separa de su lugar de origen. Porque es el caso que en achaques colombinos, aquí, en América, no estamos tan necesitados como lo están del cocido los menesterosos que aguardan la sopa del convento. Y se me permitirá que diga que esta que nos quiere servir el señor Buron, llega a nosotros en una hora de plenitud y de hartazgo. No pongo en esto irrespetuosidad alguna, como que mis palabras sólo deben entenderse en el sentido de una actitud de decoro, de esas que son, al fin y al cabo, noble reacción contra la bastardía intelectual. Para replantear un problema como lo es el de la influencia de Alíaco sobre Colón, no basta residir al otro lado del océano y escribir en francés. Esto, precisamente, es lo que no parece haber preocupado, ni poco ni mucho, al señor Buron. Inocentemente colóse de rondón en el asunto, desnoticiado de los peligros de muerte que éste ofrece a cada instante. De ahí el origen de su descalabro. Toda su teorización acerca de la influencia ejercida por el libro del cardenal sobre el espíritu del Descubridor, apóyase en la creencia de que las acotaciones marginales que tiene el ejemplar de la Colombina son autógrafos del intrépido nauta, cosa que nadie puede admitir ya después de los trabajos paleográficos del P. Streicher, y en la de que las apostillas al libro de Pío II — ninguna de las cuales es de don Cristóbal — revelan la gestación del proyecto. Basta señalar este percance, según se echará de ver, para deducir que el prólogo de Buron no testifica una brillante competencia. Y si no la tiene, ¿a qué ¡demonstre! se embarca en tal empresa? Un libro más sobre el tema colombino no es lo que nos hace falta. Apeccemos otra cosa: estudios hondos que develen, de una vez, la nebulosa del Descubrimiento. Pero, naturalmente, estudios de gente que sepa castellano — la documentación capital está redactada en este idioma — y que no ofrezca el regocijante espectáculo que nos brindan, en las grandes ciudades, los forasteros de traje exótico y embobamiento característico, que van proclamando a gritos su extranjería, hasta en el desconcierto de la marcha y en los empellones imprevistos que dan o que reciben.

Rómulo D. Carbia

DE LA DEMOCRACIA según Santo Tomás

Un moderno aristarco al servicio de cierto matutino ha cumplido su oficio señalando en el manifiesto que NÚMERO publicó el mes último, una cita del "doctor communis" que traiciona, a su entender, el pensamiento del santo. Aun cuando el obvio sentido de las proposiciones contenidas en dicho documento aclara debidamente el alcance de la cita aquella, es conveniente justificar su legitimidad remitiendo el punto a las autoridades que lo han tratado, con lo cual, de paso, podrá resultar robustecida la tesis expuesta.

El opúsculo "De regno ad regem Cypri", conocido con el título "De regimine principum", ha sido últimamente traducido de la parte auténtica, con la colaboración de un doctor en teología, y publicado con prefacio del R. P. Garrigou-Lagrange y las debidas licencias, en la colección "Les Maitres de la politique chrétienne". En él Santo Tomás define las diferentes especies de malos gobiernos, oponiéndolas a los tipos de gobierno bueno, en esta forma:

Tiranía (opuesto a monarquía), cuando es obra de un solo hombre, *oligarquía* (opuesto a aristocracia) cuando es obra, no de uno sino de varios, poco numerosos; *democracia* (opuesto a república), es decir dominación del pueblo "si el gobierno inicuo es ejercido por muchos". Y concreta el filósofo: "Se le llama *democracia* cuando fuerte por su multitud el populacho oprime a los ricos. Todo el pueblo se convierte, entonces, en un solo tirano". (Pág. 9, 10).

Los buenos gobiernos son definidos a continuación:

"Si el buen gobierno es ejercido por una clase numerosa de ciudadanos, se le da generalmente el nombre de *república*, como cuando el ejército dispone del poder en la ciudad o la provincia". Sigue, luego, la *aristocracia*, gobierno de algunos hombres, virtuosos por lo demás, y, por último, el gobierno de uno solo, a quien "se llama propiamente *rey*".

En el capítulo III (pág. 19), dice: "A la república se opone la *democracia*, por ser una y otra, como resulta de lo que dejamos dicho, propias de una colectividad".

Trata luego de los gobiernos malos según los grados de nocividad (pág. 21): "Cuando el gobierno es injusto, este gobierno es tanto más perjudicial cuanto mayor unidad tiene su dirección. Así, pues, la *tiranía* es más nociva que la *oligarquía*, y la *oligarquía* que la *democracia*".

Por su parte, el P. Garrigou-Lagrange, comentando la doctrina general del santo sobre el gobierno, recuerda que "la *democracia*, según la terminología de santo Tomás, es la alteración o la corrupción de la república". Corrobora dicho sentido del vocablo "democracia", según Sto. Tomás, lo que explica Maritain en "Primaute du spirituel", págs. 208|9: "Agreguemos que en el vocabulario de Santo Tomás, la "democracia como forma política legíti-

ma se llama no *democracia*, sino *República* (*politía*). Es esta una forma de "régimen mixto en que el principio democrático que, en estado puro, tendería a la dominación del número ("Democracia, id est potentatus populi, quando scilicet *populus plebeiorum* per potentiam multitudinis opprimit divites", *De Regim. princ.*, I, 1), se ve atemperado por el principio aristocrático (poder de los que descuellan en valor o en virtud) y sobre todo por el principio oligárquico (poder de los que descuellan en riqueza o en poderío). Cf. *Comment. in Polit. Aristotelis*. IV vii. Se trata, pues, aquí, en propiedad, de una *democracia mejorada* (Marcel Demongeot, La teoría del "régimen mixto en Santo Tomás).

"En cuanto a la palabra *democracia*, designa a la vez, en santo Tomás, la forma corrompida de la *politía*, y el principio democrático en estado puro".

Dichas distinciones, por lo demás, se encuentran ya en Platón, que hablando de las formas del estado degenerado menciona: la *timocracia*, gobierno de guerreros ambiciosos de gloria y poder, *oligarquía*, gobierno de los ricos, la *democracia*, estado de desenfreno y afán desmedido de igualdad, y la *tiranía*. Asimismo Aristóteles opone a la república democrática la *democracia pura* o gobierno de la masa, que otros llamarán *oklocracia*, gobierno de la turba.

Es por demás evidente que el manifiesto



EL AÑO

Tres son los testigos, según el Talmud, el mundo, el hombre y el año. El mundo universo da su alabanza ontológica. El hombre su obsequio razonable. El año su símbolo. De modo que el hombre ofrece a Dios el mundo por el instrumento del año.

Que el hombre sea testigo vale decir que es responsable. Sus actos se inscriben en la corona del año, y comprometen a las criaturas. Si son falsos, malos o feos, interrumpen el canto de la creación.

El testimonio de los ángeles pudo fijarse en un destello. El de los hombres habita en un círculo. El año se repite por insistencia de la Misericordia. Es como si se repitiera la vida del hombre, como si se repitiera el hombre. Cada año de nuestra vida es un esbozo, un ensayo en la imitación del Modelo.

Y la Iglesia, madre, nos lleva de la mano en esa contemplación circular — prima, tertia, sexta, nona, la tarde, la noche y el alba: primavera, verano, otoño e invierno — alrededor del Cordero.

NUMERO

to arriba citado no ha podido considerar en la *democracia fustigada* "esa forma de gobierno posible en derecho", realizada de hecho en pequeños países como la antigua Helvecia, exclusivamente, y que es — como lo advertía un comentarista del Angélico — un "régimen perfectorum" que presupone la utópica perfección de los ciudadanos. La *democracia para nosotros* es la *Democracia-mito*, hidra absolutamente moderna, engendrada en las "sociedades de pensée" que prepararon el advenimiento del jacobinismo y reglamentaron el Terror, es la "que se confunde — dice Maritain — con el dogma del Pueblo Soberano (1), que unido al dogma de la Voluntad general y de la Ley, expresión del Número, constituye el error límite del panteísmo político (la multitud-Dios)". Esta noción monstruosa es la que fermenta activamente en nuestro país y organiza — hoy por hoy — la resistencia a toda tentativa de establecer un gobierno con independencia del populacho, dándonos un ejemplo concreto de la definición magistral: "Democracia, es decir alteración o corrupción de la república". La *democracia con sufragio universal*, como entre nosotros, es y no puede ser de otra manera, la *democracia del Pueblo Soberano*, de la Voluntad general y de la Ley expresión del Número (2), *democracia* de la que el Doctor Angélico no conoció modelo histórico alguno tan acabado, pero que está implícitamente contenida en el sentido peyorativo que el filósofo de la Unidad dió a la forma de la multiplicidad aplicada al gobierno.

Es también evidente que, no habiendo alcanzado, la teoría del error político, tan acabada determinación ni tan bajos lugares en tiempos de Santo Tomás, como cinco siglos más tarde, el vocabulario filosófico no podía menos de ofrecer la fluctuación de que da muestras la traducción de Gilson, v. g. en el cap. VI de su "Saint Thomas". Pero hoy sabemos que la remota, inactual posibilidad de una *democracia legítima* es, simplemente, disfraz y vehículo de los venenos de la única *democracia* que actúa en el mundo desde 1793. Maritain lo denuncia como "un hecho que no queda más remedio que constatar y que no se cambiará rehusando verlo". "El mito religioso de la *democracia* — dice — ha invadido y contaminado por doquiera la *democracia política* y aun más todas las formas actuales de gobierno. Esto es lo que hace trágica la "condición de los pueblos en los tiempos modernos".

Rodolfo Martínez Espinosa

(1) "Es decir, poseedor perpetuo y único poseedor legítimo de la soberanía". Un discurso político pronunciado recientemente por un alto funcionario argentino reeditaba este error: "...el pueblo, fuente de toda soberanía..."

León XIII, encicl. *Diuturnum illud*: "La elección del pueblo designa el soberano pero no confiere los derechos de la soberanía. No es la autoridad lo que se constituye, se decide por quién deberá ser ejercida".

(2) Pío IX, *Syllabus*, 60ª proposición condenada: "La autoridad no es otra cosa que la suma del número y de las fuerzas materiales". León XIII recordó la definición tomista de la ley en la encicl. *Sapientiae christianae*: La ley no es expresión del Número o de la Voluntad general, "sino una orden de la recta razón, dada por el poder legítimo, en vista del bien común".

SAN AGUSTIN

La palabra *vida* tiene en nuestros días algo de mágica. Decir de una obra, una institución o una actitud individual que carece de vida, es como pronunciar contra ella una condenación definitiva y absoluta. Y esa misma vida cuya ausencia parece que invalida las cosas humanas, tendría la virtud de justificarlo todo por el mero hecho de su presencia. Estamos sin duda ante un juicio que tanto puede expresar una altísima verdad como ser encubridor de una lastimosa declinación humana. Todo depende de lo que haya de significarse mediante la palabra *vida*.

Descartemos por de pronto la invitación a exaltar el hecho físico de la vida, porque ninguna realidad física se justifica por sí misma; y ello es más evidente cuando lo físico integra una realidad, como la de la persona humana, en la que hay elementos que lo trascienden, esto es, elementos *metafísicos*.

Nada profundo ni perenne, y lo que es más grave, nada específicamente humano podemos esperar de las exaltaciones dionisiacas, ni de las jactancias viriles. Por lo demás "las buenas causas — acaba de escribir el doctor Korn — no suelen necesitar tanto énfasis".

¿Habrá, pues, que entender el culto de la vida como el derecho a vivirla con total espontaneidad, con absoluta autonomía? No. El mero vivir adquiere dignidad humana, deja de ser un simple espectáculo biológico, cuando el vivir se subordina a principios cuya superioridad es tan innegable que no se discute su derecho a exigir hasta el sacrificio mismo de la vida.

La espontaneidad y la autonomía absolutas se compadecen mal con esa subordinación contra la que nadie puede, sin embargo, rebelarse sin sacrificar la dignidad, que es decir la personalidad. La afirmación de la personalidad a toda costa remata pura y simplemente en una afirmación de la individualidad animal; es como un desplante que consistiera en un salto hacia atrás.

A no ser, se apresurarán a decirnos los Kantianos, a no ser que la humana voluntad se dicte a sí misma la norma a la que le es indispensable subordinarse para dignificarse. No he de convertir esta nota en una exposición del viejo pleito entre inmanencia y trascendencia. Quiero agregar simplemente — y con el propósito ulterior que declararé en seguida, — que el mérito de la conducta humana, cuyo primer requisito es la subordinación a que nos hemos referido, depende tanto de la trascendencia del principio subordinante, cuanto del valor propio de éste; de lo que la vieja escolástica — perdóneme el doctor Korn — llamaba el valor ontológico.

Y bien; la norma que inspiró a San Agustín aquella vida de admirable plenitud tan no era creación suya que el primer acto de subordinación a ella consistió en el sacrificio substancial que San Agustín le hiciera de la autonomía con que paseó antes de su conversión por casi todas las actitudes espirituales de su tiempo.

Y a pesar de la sumisión a un principio trascendente todo en San Agustín es supremamente vivo. Pero no es la vida de San Agustín como aquellas naos de Ofir que evoca Ortega, espléndidas y cargadas de perlas hasta los bordes. El esplendor de la vida agustiniana está en su desnudez; el ímpetu biológico es comprimido hasta que se convierte en anhelo de eter-

nidad suprasensible, y se levanta como una tenue y purísima llama azul que devora o transfigura todos los apetitos. Tampoco es afirmación de señorío, voluntad de potencia. La humildad de San Agustín es ardiente, como todas sus virtudes; para quien juzgue con frivolidad casi parecería un orgullo. Mas a poco que se frecuente el tono afirmativo y como de impetuosa suficiencia que pone San Agustín en todas sus palabras, se descubre que no es el de quien se pretenda señor de la verdad, sino el de quien se juzga heraldo de ella, servidor fiel que proclama la verdad de su Señor con ardiente arrebató porque tiene *fe* en ella. Siendo así, la condición del valor y la fuerza de esa prédica tiene que ser la negación de sí mismo en que viva su autor. Esta es la realidad profunda de la vida agustiniana en lo que se refiere a autonomía y afirmación de personalidad.

¿Sobre este doble renunciamento, el de la vida sensible y el de la afirmación personal, se yergue acaso en San Agustín la vida escueta de una inteligencia bizantina que ignora la realidad circundante y opera con los conceptos sin preocuparse de su contenido? No, la vida apasionante de San Agustín, que no es ebriedad de pasiones ni ebriedad de orgullo, tampoco es ebriedad racionalista. Pocas veces habrá tenido un enemigo más enérgico el conocimiento entendido como prurito de saber. Peregrinó tras la verdad durante largos años dolorosos, pero no la buscaba para jactarse de poseerla, sino porque sabía que en esa posesión le iba la vida. ¿Pero, qué vida podía alentar sobre aquellos dos renunciamentos? "¿Qué tienes que no lo hayas recibido?", había dicho San Pablo a los Corintios; y al cabo de trescientos años, las palabras iniciales de las Confesiones parece como que prolongan y concluyen el apóstrofe de Pablo: "Fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te". A manera de salmo podríamos enlazar alternándolos pensamientos de Agustín y sentencias de Pablo. La luz definitiva, el soplo que había de levantarle sobre toda delectación temporal lo halló San Agustín en un pasaje de San Pablo; y en un pasaje del Apóstol hallamos el secreto de esa vida en holocausto a la cual San Agustín castigó y quebrantó las solicitudes de todo otro vivir. "Ya no soy yo quien vive. Es Cristo que vive en mí" (Gálatas, 2, 20).

Este esplendor de espiritualidad sólo se logra por la contemplación que es un verlo todo en su Primer principio, y hacerlo todo en orden a su Causa primera. La plenitud de este vivir altísimo que es la contemplación requiere el sacrificio de muchas formas de vida que son como espesos telones interpuestos entre nosotros y nuestra razón de ser; pero salva intactas y purificadas las dos facultades en que ciframos el legítimo orgullo de nuestra condición humana. La contemplación



agustiniana no es un mirar estático; es un acto de voluntad, un tenso anhelo de posesión. Su principio está en el amor que es la última llave de los secretos supremos. Pero la contemplación agustiniana es formalmente un acto de inteligencia. Porque sólo el conocimiento nos pone en el camino de la verdad, sólo el conocimiento, ejercicio de la más alta facultad humana, puede ponernos en el camino de la beatitud, que es el fin de la vida.

El proceso de ese conocimiento constituye la filosofía de San Agustín. Filosofía viviente, que consiste en un conocer y un conocerse para saber lo que se debe ser.

Tomás D. Casares

METODO

Hemos padecido un largo período de divagación e incoherencia en el orden intelectual. Son muchos ahora los que salen de él y tienen un sentido más exacto del arte, la ciencia o la filosofía. Aproximarse a estas disciplinas es para ellos un deslumbramiento. El temor de la ignorancia lleva fácilmente a la superstición de la cultura.

La veneración del arte, de la ciencia, de la erudición, de la filosofía por sí mismas, es una estéril complacencia en las obras del hombre para el hombre. Una época hubo que sometió todas esas disciplinas al servicio de una ciencia más alta dándoles su verdadero, su único sentido. Fué una época de plenitud y de belleza. La nuestra lo es de división y de fealdad. ¿Cómo no pensar en aquella con nostalgia?

Arte, ciencia, filosofía, erudición, son los ídolos modernos. Su aparente dignidad engaña al hombre que cree ver en ellos su fin. No advierte que lo detienen en un jalón cualquiera del camino, que lo privan de lo que en él es esencial. Ya no es el hombre; es el artista, el científico, el filósofo, el erudito. El mundo por esos nombres lo conoce y por ellos se interesa. Así demuestra misteriosamente que sólo lo periférico del hombre le pertenece y que le escapa lo fundamental.

El prestigio del arte o las ideas colabora con el mundo en la tarea de desviar al hombre de su destino verdadero. Le ofrece la seducción de una multitud de formas y sistemas entre los cuales pasea orgullosamente lo que Maurice Blondel ha llamado: "el diletantismo de la vida futura". Le hace esperar de un falso progreso del pensamiento humano, revelaciones imposibles o en el virtuosismo de una estéril búsqueda le hace poner su vanidad.

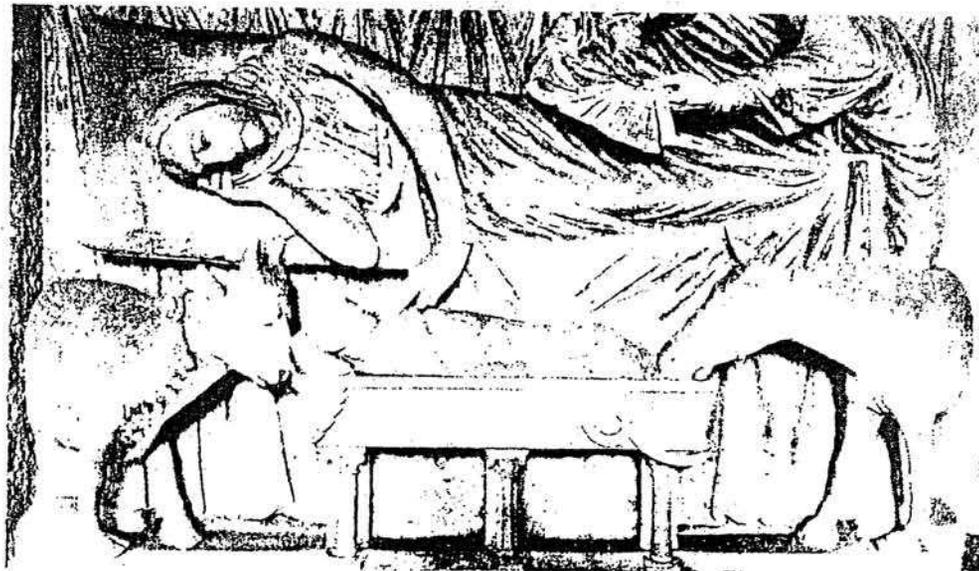
Pero el hombre, desviado así de su "sentido", padece de esa amputación espiritual. Señal de espíritus profundos, de "poetas" es esa tendencia incontenible a huir del mundo que, cuando no es acompañada de la gracia, se transforma en locura o en desesperación. Triste destino el de los hombres que, más allá de la ciencia humana, no saben encontrar esa "ignorancia" que después de conocer todas las cosas, halló Besme, el personaje de Claudel.

Nos lastima la exaltación de la cultura; preferimos la "ignorancia". Rechazamos los "maestros" que el mundo nos propone. Porque nadie debe ser llamado maestro sino uno solo: el Cristo. Y ante El, ciencia, arte, filosofía, erudición desaparecen hasta que por El adquieran verdaderamente, vida.

Mario Pinto



LA ANUNCIACION A LOS PASTORES (DETALLE) CATEDRAL DE CHARTRES



ADORACION DE LOS REYES MAGOS

El cielo besa la sombra del manzano.
A lo largo de muchas voces y junto al dedo de San Juan Bautista
saltan los ciervos por montes y collados.
Tierra, levántate en belleza
junto al canto del muro que agujereó la estrella.
Hermosa mía,
presenta tu soledad en llanto junto al olor del alba
donde saltan los montes como ciervos en la visión perfecta.
Levántate en gemidos con tu sabor de noches amorosas
en el amor que viene de su mano,
estrella gozosa entre azucenas.

Ahora viene la paz desde los cielos,
y esta noche le ponen corona de María.
La voz que clama en el desierto anuncia el Nacimiento,
toda la tierra herida de su boca y el beso de su boca.
La boca del Angel cantó el Misterio:
tiene corona el Niño.
Las casas andan en la luz de los caminos.
Hermosa mía, llevas el manto de la noche oscura.

Nace en la tierra todo el amor del cielo.
Amor, Amor, Amor,
Ave María, gracia plena, nace la flor de las criaturas.

Paloma mía,
la Trinidad golpea los muros de la estrella.
Hermosa mía,
levántate junto a la estrella de la mañana;
la voz que clama en el desierto anuncia el Nacimiento.
Levántate de toda muerte,
que ya comienza en noche oscura la buena nueva de la flor divina.

Esta noche le ponen corona,
y el desierto donde clamaba San Juan Bautista se llenará de gracia.

Hermosa mía, que llevas el manto de la noche oscura,
nace en la tierra todo el amor del cielo.
Herida está la tierra;
la presencia del Niño hace correr los montes.

Suspira toda la tierra.
Amor, Amor, Amor; nació la flor de las criaturas.
Al olor de su nombre despiertan las doncellas.
Se alegra nuestra noche y nuestra soledad se goza en agua y vino.
Subimos por el desierto con la alegría del Nacimiento.
La Ciudad Santa tiene la noche de oro.
Herida está la tierra,

y esta noche de oro derrama lo escondido de su gloria;
esta noche es su imagen cuando nos miren los soles
con la ternura de los corderos.
Al olor de su nombre despiertan las doncellas.

Bajo los cielos llenos de lluvias María escucha la paz
que hace seguros nuestros caminos.
Escucha la mirada del Unigénito,
escucha al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Al olor de su nombre despiertan las doncellas.
Beatus vir decía el Rey David
cuando miraba los panes de la proposición del rey Melquisedec;
Beatus vir decía el Rey David; rogaba y anunciaba su venida
entre los desterrados de la Noche divina.

Hermosa mía, sé luminosa y ciega.
La voz que clama en el desierto nos ha ordenado los caminos
sobre los frutos amargos de nuestra muerte.
El cielo besa el lirio y a la azucena,
y el fruto santo de la Virgen derrama olores de misterios.

El nos enseñó la alegría eterna
con su voz llena del sentido de las criaturas.
El que elige las vírgenes dichosas de la noche de oro
bajo la estrella de la mañana.

Llega la luz sin noche como quería Santa Teresa.
Al olor de su nombre despiertan las doncellas.

Hermosa mía, sé luminosa y ciega.
En El lloramos.

La luz sin noche reviste nuestra carne de luz para las bodas,
las bodas de los Pobres.

Jesús:
he aquí la palabra de la luz alegre y pavorosa.
Hermosa mía,
enterrada en su Cuerpo espera tu cuerpo de carne luminosa.
Acude a la noche de plata del candor, pues he aquí que la noche de Dios
se aproxima sobre la tierra.

He aquí que esperamos en el día de la Ciudad Santa,
ciudad de Abel, guardada por las espadas de los serafines
que contemplan el rostro de Dios,
ese rostro que nadie ha mirado jamás, hermosa mía.

Al olor de su nombre despiertan las doncellas.
Hermosa mía, ven a la Noche de oro de los Reyes Magos,
de los patriarcas, de los profetas, de los pastores.

Paloma mía,
la Trinidad golpea tus muros con su estrella.

Ven a la Noche de oro del cordero que limpia los pecados del mundo;
Ven a la Noche de oro de los perfectos,
Ven a la Noche de oro de los Reyes Magos.

Hermosa mía, levántate junto a la estrella de la mañana.

J A C O B O



F I J M A N

EL NACIMIENTO

No hay pesebre, alegráos,
en el altar nos ha nacido el Niño.
Y sin asno, y sin buey (No hace frío),
y sin pastores... Solamente la Virgen,
señor san José, los ángeles,
la ciudad detrás de los álamos de la Costanera
y el río en llanura de agua.

La misa ha terminado:
Callamos a este Niño
con el silencio que nos da san José.

—Busquemos algo que brille, la claridad de Dios
cercó de resplandor a los pastores... —Oh,
dejemos la noche pura!
Para nosotros el Niño en la luz de la Inmaculada.
Esta luz corrobora la noche, no la empaña.

Los ángeles rompen la trama del pecado.

Un Niño nos ha nacido; en el altar
se nos ha dado un Niño.

—Niño de paz, dice Fijman.
¡Niño de paz! ¡Niño Dios!
El ruido da lugar al silencio,
la paz entra en el diversorio,
los sentidos sosiegan.

Sólo se oye: Tú eres mi Hijo, hoy te engendro.

Navidad sin pastores, Navidad sin nieve,
Noche Buena de Buenos Aires, ciudad grande,
Noche Buena del alma.

La ciudad detrás de los álamos de la Costanera
y el río en llanura de agua.

Dimas Antuña



DIBUJO DE J. A. BALLESTER PEÑA



ALMAFUERTE

Se parecía a Sarmiento pero no era mulato. Pensaba como un negro gordo.

Usaba unos anteojos de cura que le hacían cara de apóstata. Toda la ilusión de su vida fué subirse alto para gritar enormidades. Los hombres que se meten con Dios no saben lo que hacen. Dios, que nos cala a todos desde el principio, los hace nacer imbéciles. Esta es simplemente la primera medida; la peor es la última. Para entenderse con Dios hay que tratarlo bien. Al fin y al cabo El no tiene la culpa de ser tan poderoso. Porque, indiscutiblemente, los que odian a Dios odian el poder de Dios. Les parece poco democrático. A Almafuerte le pasó eso, aunque tal vez él no se diera cuenta. Creía que su impotencia era fuerza y que su falta era sobra.

La mayoría de sus cronistas dicen que era un cristiano primitivo. De ser así habría que renegar del cristianismo, o por lo menos del primitivismo. Afirmar que Almafuerte era un cristiano es una verdadera infamia. Almafuerte no tuvo nunca el minimum de religiosidad necesario para ser hombre. Fué un sentimental y por eso se le creyó religioso. Pudo ser lo primero, porque eso no cuesta nada; pero no pudo ser lo segundo, porque para eso hay que nacer inteligente o si no tener mucha suerte. Almafuerte no tuvo ninguna de las dos cosas. Tuvo vida pero no supo aprovecharla; tuvo corazón, y lo desperdició en alharacas en lugar de usarlo en corazadas.

Se vistió de profeta para engañar a los hombres y él fué el primer engañado. Desde el principio se juntó con gente de mal vivir y de mal pensar. En aquella vida aprendió la insolencia que le acompañó hasta la muerte y que les dejó después a sus discípulos. No conoció nunca el secreto goce de callarse la boca, que es el consuelo más puro de la ignorancia secreta. Almafuerte tenía adentro la miserable confusión del mar y la prepotencia de las cosas monstruosamente inútiles. Su vida fué la de un pobre hombre con pretensiones de

genio macho. Su muerte fué toda una posibilidad de descanso que Dios le daba.

Almafuerte nació en San Justo (Provincia de Buenos Aires) el 10 de mayo de mil ochocientos cincuenta y cuatro. Un pueblo de calles polvorientas; de esos de la Provincia, que tienen alrededor de la plaza un hotel con dos billares, una iglesia de mal gusto y una Municipalidad con aires de "Unione e Benevolenza".

Se llamaba Pedro B. Palacios. De sus primeros años yo no conozco nada; pero se sabe que cualquier edad es buena para perderse.

A los diez y siete años era maestro en una escuela. Más tarde quiso jubilarse, pero como los apóstoles no deben jubilarse nunca, no le hicieron caso. "Solicito mi jubilación — decía — como maestro de escuela en nombre de la vida de sacrificio anónimo que he llevado siempre (1); en nombre de los millares de jóvenes que he formado, buenos, heroicos, justos, enamorados de la luz; la madre de los hambrientos y de los tristes que aguardan esta jubilación como una lluvia de paz y de consuelo"...

La literatura del juez era mucho más seria: "No ha lugar, por carecer el solicitante de títulos profesionales".

En el grupo de "Claridad" se comenta todavía la aventura administrativa del poeta con un dejo de sangre y de lágrimas salobremente proletarias:

Así vivió aquel hombre bueno, bueno por sobre todas las cosas. Murió pobre. Pobre de "vil metal", pero multimillonario en obra fecunda. No dejó herencia para los suyos, pero la dejó para la humanidad, que siente y piensa, que quiere obras y no títulos, que otorgará a los maestros la pensión milenaria del recuerdo y suprimirá las pensiones fantásticas de los que se jubilan con varios miles, sin más méritos que los de haber servido servilmente a un caudillejo bruto, soberbio, engreído y falaz.

Este comentario no es del siglo pasado. Se publicó en mil novecientos treinta.

En la época de Almafuerte se leía mucho a Mantegazza, que era considerado como un gran genio. Los lugares comunes de la literatura de entonces que son los que fijan la posición espiritual de los distintos tiempos — se caracterizaban todos por una terrible admiración hacia las fuerzas de la naturaleza: se hablaba de la "savía fecunda" y de "la semilla de la idea" y de los "sembradores de conciencias", con una seriedad impresionante. Los oradores se disputaban entre sí la supremacía de las frases redondas, y todos los hombres imitaban a los oradores. (Hace poco tiempo yo he conocido a un padre de familia que admiraba a Belisario Roldán).

Alrededor de los veinte años Almafuerte anduvo detrás de una beca de pintura. Degraciadamente no pudo juntarse con ella. La pintura ganó por lo menos una vacante. Pero perdió también una magnífica colección de mujeres gordas — gordas como morcillas — y rubias y cerveceras como las mujeres de Rubens. Hoy Almafuerte sería un clásico argentino. Sin él no tenemos más remedio que contentarnos con Bernaldo Cesáreo de Quirós.

En la literatura se le llama el poeta Almafuerte. Su vida fué exactamente idéntica a su obra. Esto no quiere decir nada a favor de su obra ni de su vida. Una y

(1) Almafuerte gozaba en este punto de una incomparable ignorancia. Lo que es anónimo no tiene nombre; y nadie puede solicitar nada en nombre de lo que no tiene nombre. Los sacrificios anónimos se pagan con discursos mortuorios.

otra pasaron como una confusión más entre la confusión de la época. Eran los días de los cuellos Mey y de las estrofas vibrantes, de los profetas que tomaban mate y de los poetas que creían en Cristo como un apóstol de la Democracia.

Almafuerte representó maravillosamente a su época. (Esta es una vulgaridad que se aplica a todos los grandes malos poetas). El fué el poeta de la caridad proletaria y el maestro lleno de heroísmos patrióticos. (En cierta ocasión murió un chico de su escuela. Como era pobre no encontraron dónde velarlo. Almafuerte entonces lo acostó en su cama, y él se fué a dormir sobre un banco de la clase envuelto en una bandera argentina).

De puro protestador le gustaba pasar por anarquista. Fué amigo de algunos políticos que todavía funcionan, y de otros que funcionan como literatos a pesar de que los tiempos han cambiado mucho.

Se creía parecido a Isaías, pero en vez de profeta resultaba un ventrílocuo. De Lugones decía que trataba de imitar a los profetas pero le faltaba la voz cavernosa de los profetas. A las mujeres de indudable inmoralidad las llamaba "señoras": hacía eso para que lo tomaran por un hombre genial. Eran los compromisos de la popularidad.

Para escribir todas sus cosas usaba el sistema cavernoso. Andaba siempre metiendo miedo. La última barbaridad que escribió fué la del kaiser Guillermo. La gente se acuerda del "Apóstrofo" — que él escribía "Apóstrofe" — pero no se acuerda bien del tono disparateador.

El mayor entusiasmo de Almafuerte fué la miseria. En una de sus milongas clásicas declara con todo desparpajo:

Y voy a cantarte a ti
¡oh, mi chusmaje querido!,
porque lo vil y caído
me llena de amor a mí.

Por eso le interesaba la cuestión social y se sentía diputado de los pobres. Vale la pena citar una parte de la "Milonga Higiénica", porque es bueno que la gente crea de vez en cuando cosas increíbles:

Vamos a ver, mis hermanos,
Changadores, carniceros,
Curtidores y cocheros,
Y todos los artesanos.

Vamos a ver, mis hermanas,
Planchadoras, lavanderas,
Mucamas y cocineras,
Niñas, mujeres y ancianas.

Todo pobre, todo ser
Que viva de su jornal,
Que tenga, como animal
Que sudar para comer.

Para quienes no hay más viento
Que el de la calle, flamígero,
O aquel ambiente pestífero
Del conventillo mugriento.

Para quienes no hay sitio
Más blando que su banqueta,
Ni otra cama más completa
Que la de algún hospital.

Para quienes no hay más baños
Que los del propio sudor,
Ni otro recreo mejor
Que la plaza y sus escaños.

Para quienes no hay más coche
Que el que viaja al otro mundo,
Ni otro sueño más profundo
Que aquel de la eterna noche.

Que viven sin privilegios
Y mueren sin funerales
Para quienes no hay locales
Vacíos en los colegios.

Vamos a ver, hermanitos,
No hay por qué ponerse serios:
Se llenan los cementerios
De grandes y de chiquitos.

Vamos a ver de qué suerte,
En esta ruda partida,
Podemos salvar la vida
De las garras de la muerte.

Y entiendan lo que les voy
A decir para su bien:
Yo, como ustedes también,
He sido pobre y lo soy.

Primeramente, hijos míos,
Mucho aseo, mucha higiene;
Todo cuerpo limpio tiene
Más resistencia y más bríos.

Mucho jabón y agua clara
Hasta dejarse la piel,
Como pliego de papel,
Como un mármol de Carrara.

Muchas fricciones después
Con violencia, con dureza,
De los pies a la cabeza,
De la cabeza a los pies.

Así la sangre circula,
Y los poros resplandecen,
Y las carnes se endurecen,
Y la vida se estimula.

Así consigue cualquiera
Fortaleza y lucidez,
Y volver a la niñez
Sin llegar a la tontera.

•
Cuando se metía con Dios lo hacía casi siempre en endecasílabos, porque a Dios era necesario gritarle para que oyera. La vejez le había puesto un poco sordo:

¿Dónde está tu poder? ¿Desde qué cumbre circumscripita de montes y de llamas; desde qué horrible abismo impenetrable, rodeado de pavores y fantasmas; desde qué nube triste, vagabunda, llena de tempestad y de amenazas; desde qué vil girón del universo, como náufrago errante por la nada, presentes el derrumbe y no te asomas, y oyes la voz de tu poeta y callas? ¡La voz de tu poeta que te aclama, la voz de tu poeta que te adora en el día, en la noche y en el alba, sobre la oculta pira de su pecho y en el público altar de su palabra! ¿Qué meditas, Señor? ¿Por qué dispones que así te llame un corazón, y callas? ¡Y callas!, como el ídolo sin lengua, como el muñeco rígido sin alma que consagraron Dios, el fanatismo, la miseria, el temor y la ignorancia!

Jesús, en cambio, que era distinto de Dios y que como había vivido entre los hombres era menos fanático del poder divino, resultaba a veces bastante amariconado. Entre otras cosas le decía:
"Gracioso nenúfar de flores de nácar".

•
El triunfo de Almafuerite estaba asegurado. Una noche sus amigos le llevaron a declamar "El Misionero" al Teatro Marconi. Al salir, la multitud desenganchó los caballos del coche en que iba y se lo llevó a la rastra. Así se iniciaba el sistema de-

mocrático-plebiscitario de mayor prestigio entre nosotros.

Ya en plena glorificación, la ciudad de La Plata — que nació en un decreto y sigue siendo la ciudad-decreto por excelencia — se dedicó a ofrecerle homenajes con la misma facilidad con que se ofrecen banquetes. El caserón del Teatro Argentino fué el campo de sus mejores triunfos. Ahí leyó su "Cantar de los Cantares" ante una cantidad de gente frenética. Después del acto la población de La Plata aumentó sensiblemente. El "Cantar" es un poema anatómico-cartográfico que empieza así:

Níveo cáliz de magnolia
decorando los retoños de la rama
cual un ánfora de sueños, — es tu frente!...
Sí, tu frente,
hija mía, madre mía, novia mía:
Es el gótico remate de la rama
Etc.

El Descubridor sigue dibujando cuidadosamente su mapa anatómico, y al llegar a las regiones indecibles se desvía con una inocencia impresionante.

En mil novecientos diez, la "juventud estudiosa" de La Plata le ofreció una tremenda demostración. El poeta declamó un discurso, de gran aliento al principio (el primer párrafo, sin un solo punto, tiene alrededor de ochocientas palabras) y de gran desaliento hacia el final:

Espantable honor, señoras y señores, porque la mano perversa — infantilmente perversa y curiosa — del análisis, se alzaré inexorable alguna vez — acaso acaba de alzarse — y derrumbará todos estos castillos encantados y encantadores; cercenará los robles y los laureles con que tan ingenua, tan fácilmente me glorificáis; me arrancará con deterioro de mi propia piel, ese dorado cuero de león con que me habéis revestido, me desalojará del eminente pedestal en que me tenéis colocado como un Cristo de los Andes o como una estatua de la Libertad iluminando al mundo; pondrá mi paupérrima persona y mi paupérrima obra poética en el escalón intermedio que les corresponde en justicia; reducirá todas estas enormidades a su proporción exacta...; y el monstruo fantástico que habéis hecho de mí retornará tristemente hacia la hormiga diminuta, y la montaña colosal hacia el misérrimo grano de mijo!

Almafuerite había acertado en todo su destino, pero se equivocó en una cosa: en poesía no hay escalones.

•
Sus amigos preferidos fueron los vendedores de diarios. El los admiraba, porque para algo era el poeta de la chusma. Siquiera eso le sirvió para ser el precursor de la "Casa del Canillita". Además gozaba de gran popularidad en La Plata, y ya se sabe que para ser popular en La Plata es necesario que lo conozcan a uno todos los cocheros.

•
Cuando Almafuerite volvió a su pueblo la gente se amontonaba en las estaciones del trayecto para verlo pasar. Viajaba en jira triunfal, con un guardapolvo de seda bien entallado y un bastón de caña. De vez en cuando se abría el guardapolvo para que se le viera la cadena del reloj, gorda y maciza.

Murió en La Plata el 25 de febrero de mil novecientos diez y siete. Tal vez se haya salvado porque amenudo a Dios le gusta emplearse bien a fondo.

Ignacio B. Anzoátegui

Retrato por Basaldúa

MEMORIA Y DIBUJOS

Mi palabra no define el sueño ni la realidad de hoy: aspereza. Todos los dibujos lucientes se quebraron en mis ojos y en la sombra de mis ojos. Retrocede la esfera del tiempo — signos, cantos, muertes — y la memoria alcanza mi infancia y otra infancia. Orillas de su voz y de su imagen: ella sola, quieta, sin naufragio. Cariño infantil, nuestro, construido de juegos y de colores, sin saberlo. Ignorado, silencio escondido entre pájaros, maravilla sin misterio. El sol, la mirada, la voz.

A través de los días, guíe un presentimiento: en la quietud de ella, el aire era el aire de la contemplación y su voz se alejaba de mí nombre para afirmarse en la oración de todos. Ah, yo no sabía; y los juegos tuvieron entonces tirantez de hoja seca y yo tocaba las piedras como piedras: ya no tenían vida.

Cayeron las lluvias sobre los cuerpos y los campos, se dispersaron los días sin olvidarse de los ciegos, se fatigaron los cantos de ronda.

Supe que el mundo era grande el día que ella se fué por el mar. Alrededor de sus palabras, alrededor de su imagen, alrededor de su silencio: el mar, siempre el mar para sus palabras amanecidas, para su imagen con quietud de estampa, para su silencio que significaba "amén".

Los años, los libros, los incendios en mi ciudad. Y la muerte. Los años, los cantos, las plegarias en su pueblo. Y el amor de Dios.

•
Es tan sencillo pensar en su infancia y en mi infancia como decir esta belleza: la llanura del mar y dos navíos.

Alejarse. Para distraer mis días de hoy, ya no quiero ni el recuerdo ni el sueño. El pensamiento sí, pero sin rumbo. Pensar el cariño y el blanco y el río y la amistad y el arte y la conversación y el rojo y el cielo y el rocío y el ancla y la locura y la bienaventuranza y el odio y el valle y el rencor y el azul y el alfabeto y el código y el camino y el remordimiento y la flor y el verde y la mañana y el acero y la dulzura y las bodas y el árbol y el espejo y el canto y el fruto y el corazón y el amarillo y la balanza y las hojas y la sangre y el olvido y la luz y la raíz y el mundo y la gracia y la muerte y la muerte y la muerte.

•
Existe esa elevada ternura para Dios: la vida conventual de ella.

Forma de la mirada profunda, espacio de la voz sin misterio, color de las horas sin caída, transparencia de la bondad que no se siente sola.

Hay un signo de gracia en sus palabras que bendicen toda esperanza. Bendice el orden de la vida, bendice el movimiento de la vida. Todo vive para su oración de siempre que convierte las horas en claridades: "Regina caeli lætare, alleluia".

Oswaldo Horacio Dondo.

UN LIBRO QUE
regocija, sorprende y hasta con-
gestiona, según el temperamento
de cada lector.

DICCIONARIO DEL HOMBRE SALVAJE



POR G. PAPINI
Y D. GIULIOTTI

Un látigo para los espíritus tibios
que, aunque creyentes, transigen con
los males del Siglo.

Precio: dos pesos

Pídalo en las librerías y en la
EDITORIAL SELECCION
Reconquista 491 Buenos Aires

número

REVISTA MENSUAL - ALSINA 884-890

REDACTORES: Emiliano Aguirre, Ni-
mio de Anquín, Dimas Antuña, Juan
Antonio, J. A. Ballester Peña, Héctor
Basaldúa, Francisco Luis Bernárdez,
Rómulo D. Carbia, Frank Kitchener
Chevalier Boutell, Victor Delhez, Osval-
do, Horacio Dondo, Francisco Durá, Mi-
guel Angel Etcheverrigaray, Jacobo
Fijman, José M. Garciarena, Rafael Ji-
jena Sánchez, Eduardo Mallea, Carlos
Mendióroz, Emiliano Mac Donagh, Ro-
dolfo Martínez Espinosa, Ernesto Pala-
cio, Alberto Prebisch, César E. Pico,
Mario Pinto, Carlos A. Sáenz.

SECRETARIOS: Ignacio B. Anzoátegui
y Mario Mendióroz

Año 1931

Las suscripciones que ven-
cen en el corriente mes
deben ser renovadas antes
del 1.º de febrero próximo
si se desea seguir recibien-
do esta revista.

Suscripción anual: dos pesos

Esta revista ha sido impresa
en los talleres gráficos de

A. BAIOTTO & Cía.

Rivadavia 5370 Buenos Aires

UN LIBRO NUEVO
del genial autor de "Ortodoxia"
y del "Candor del Padre Brown"
acaba de aparecer

EL HOMBRE ETERNO



POR
G. K. CHESTERTON

Primera traducción
directa y completa del inglés
por Fernando de la Milla

Precio 2.50

Pídalo en las librerías y en la
LIBRERIA ACADEMICA DE POBLET Hnos.
Callao 675 - Buenos Aires

Lea el diario

LOS PRINCIPIOS

el decano de la prensa
de Córdoba

GALASSO

SASTRERIA DE LUJO

Esmeralda 479 U. T. 31, Retiro 3969

LA BOUTIQUE

TUCUMAN 543, BUENOS AIRES

En Diciembre solde des livres
gravures, musique

MEDICOS

Dr. Guillermo Basombrió
Ayacucho 1031
U. T. 44 Juncal 4342

Dr. Alcibíades López
Santa Fe 2518
U. T. 44 Juncal 2775

Dr. César E. Pico
Alsina 1786
U. T. 38 Mayo 3586

Dr. Andrés Tessi Seitún
Dr. Mario Tessi Seitún
Av. Alvear 2670
U. T. 52 Belgrano 6661

Dr. Adolfo A. Spiller
Cangallo 2017
U. T. 47 Cuyo 4926

Dr. Antonio Battro
Viamonte 1582
U. T. 38 Mayo 2780

Dr. Octavio Pico Estrada
Rodríguez Peña 765
U. T. 44 Juncal 3912

GUIA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Dr. Francisco Durá
Talcahuano 481
U. T. 35 Libertad 2832

Dr. José M. Garciarena
Avda. Roque Sáenz Peña 501
U. T. 33 Avenida 5440

Dr. Atilio Dell' Oro Maini
Maipú 262
U. T. 38 Mayo 0065

Dr. Eudoro Gallo Argerich
Juncal 2082
U. T. 44 Juncal 2148

Dr. Jerónimo Cortés Funes
Cangallo 564
U. T. 33 Avenida 6508

Dr. Ernesto Palacio
Córdoba 2509
U. T. 44 Juncal 4915

Dr. Alfredo J. Molinario
Avda. Roque Sáenz Peña 628
U. T. 38 Mayo 2087

Carlos A. Zabala
Bustamante 2928
U. T. 71 Palermo 8654

Julio Fernández Mouján
Marcelo Fernández Mouján
Cangallo 1112
U. T. 38 Mayo 0742

Dr. Mario Marini
Roque Sáenz Peña 530
U. T. 33 Avenida 4454

Estudio Jurídico de los Dres.
Ernesto Padilla y Ernesto Padilla (hijo)
Viamonte 1287 U. T. 41 Plaza 0672

Dr. José Perea Muñoz
Avenida de Mayo 1411 U. T. 38 Mayo 4672

Dr. Emilio R. del Valle
Roque Sáenz Peña 530
U. T. 33 Avenida 0588

Dr. Frank K. Ch. Boutell
Av. de Mayo 651
U. T. 33 Avenida 7150

ARQUITECTOS

Alberto Prebisch
Av. de Mayo 953
U. T. 38 Mayo 4262

INGENIEROS

José Muriel
Ingeniero civil
Viamonte 1816
U. T. 44 Juncal 5546

José Muro de Nadal
Ingeniero industrial
Gallo 1611
U. T. 44 Juncal 5572

C. Groppa y J. Pagés
Ingenieros Civiles
Empresa Constructora
Bdo. de Irigoyen 1441
U. T. 23, Buen Orden 6213

Dr. Humberto L. Dondo
Orán 4337
U. T. 50 Devoto 1281

Dr. E. R. Gaviña Alvarado
Piel y sangre
Lavalle 1790
U. T. 38 Mayo 2198

Dr. Guido Loretti
Soler 3909
U. T. 71 Palermo 6744

FARMACÉUTICOS

Dr. Pedro C. Etcheberri
Bioquímica y farmacia
Rivadavia 6851
U. T. 66 Flores 0149

DENTISTAS

Dr. Atilio E. Viale
Cabildo 910
U. T. 52 Belgrano 0090

Clinica Dental Mattia
Diurna y nocturna
Rivadavia 2706
U. T. 47 Cuyo 3214

INDICE DEL AÑO 1930

NÚMERO.

La actitud filial, 3.
Dos palabras, 11.
Dinero, 23.
Aventura, 31.
Trabajo, 39.
El triunfo invisible, 51.
Historia, 59.
El obispo, 71.
Obediencia, 83.
Esquema, 95.
Tiempo, 103.
El año, 115.

EMILIANO AGUIRRE.

Folk-lore y música, 28.
 El espectador de ópera, 65.
 Ricardo Viñes, 101.

NIMIO DE ANQUIN.

Nota acerca del silogismo, 71.

DIMAS ANTUÑA.

El coro, 3.
 La ventana, 10.
 La palma y el cedro, 24.
 Susana y la Adúltera, 32.
 Otoño, 43.
 El huésped, 54.
 Ave María, 63.
 Beatus vir, 75.
 Silencio, 75.
 Salmo para septiembre, 87.
 Invitatorio, 97.
 El jacarandá, 109.
 El nacimiento, 120.

IGNACIO B. ANZOATEGUI.

Jitanjáfora, 2.
 Las imágenes de un nacimiento, 7.
 Nuevo código, 9.
 Astrid, 16.
 Romanticismo, 17.
 De la mala vida sentimental, 21.
 Falsas novelas, 33.
 Alabanza de bodas, 42.
 VIDAS DE MUERTOS: I José Mármol, 52; II Esteban Echeverría, 60; III Carlos Guido y Spano, 72; IV Jorge Isaacs, 85; V Olegario V. Andrade, 98; VI Evaristo Carriego, 105. VII, Almafuerde, 121.

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ.

Don Diniz, 51.

ROMULO D. CARBIA.

El pacto de Letrán, 21.
 El Cardenal D'Ailly y el descubrimiento de América, 114.

TOMAS D. CASARES.

Educación y destino, 12.
 El apostolado, 30.
 San Agustín, 116.

FRANCISCO DE COSSIO.

La letra de Lope, 24.
 El monasterio de San Zoil, 32.
 Murbarán en Cádiz, 81.

VICTOR DELHEZ.

Grabado de pintor y de xilógrafo, 25.
 Un modernista, 47.

OSVALDO HORACIO DONDO.

Versiprosa, 7.
 Lecturas, 14.
 Prosemas de Reverdy, 42.
 Anotaciones de poesía, 88.
 Memoria y dibujos, 122.

FRANCISCO DURÁ.

Escuela laica, 83.

M. A. ETCHEVERRIGARAY.

Santa Rosa de Lima, 4.
 Orillas de pueblo, 62.

JACOBO FIJMAN.

Hotel Daciá, 19.
 Canción de los ángeles de la muerte, 26.
 Sumanovich, 31.
 Imitación de San Antonio de Areco, 44.
 El sentido de las canciones de cuna, 49.
 El mundo del artesano, 62.
 Canción de la visión real de la gracia, 75.
 Pampa de una noche y un día con su noche, 88.
 Misterio de la poesía, 97.
 Poema XV, 110.
 Adoración de los Reyes Magos, 118.

JULIO FINGERIT.

Noticia de Thomas Mann, 8.
 Tres Figuras de Franz Werfel, 11.
 I Expresión de James Joyce, 29.
 II Expresión de James Joyce, 40.
 Reducción de Flaubert, 57.

MANUEL GALVEZ.

La tristeza de los argentinos, 6.
 De vanguardia, 9.
 La prosa en la novela moderna, 22.

FERNAND JACQUES.

Del órgano, 43.

RAFAEL JIJENA SANCHEZ.

Cantar, 5.
 Camino del cerro, 22.
 Carnavalcito, 43.
 Letras para cantar, 58.
 Cantar del ciego enamorado, 74.
 Alabanza, 86.
 Canción del Nacimiento, 114.

TOMAS DE LARA.

J. L. Borges, 1.
 Epica narrativa, 15.
 Los poetas y los niños, 18.
 Un libro de Fumet, 35.
 La ira de Bloy, 38.
 Enrique IV, el impotente, 66.

EMILIANO MAC DONAGH.

Cuento de viejas, 5.
 Marcos Sastre y Hudson, 26.
 Un hombre del mundo, 32.
 El sabio ebrio, 45.
 Hudson y la naturaleza intangible, 69.
 La quimera, el gallo y el elefante, 103.
 El secretario de la tierra, 111.

R. MARTINEZ ESPINOSA.

De la "Democracia" según Santo Tomás, 115.

CARLOS MENDIOROZ.

Arquitectura y novedad, 10.
 Nuestra arquitectura, 54.
 El color en la arquitectura, 64.
 Arquitectura y decoración, 96.

MARIO MENDIOROZ.

Ensayo de gongorizar, 1.
 Virtudes locas, 16.
 Incipencias, 46.
 Disfraz de versos viejos, 67.

ERNESTO PALACIO.

La hora de José de Maistre, 5.
 Romanticismo, 37.

CESAR E. PICO.

Antipoesía, 3.
 Teorías del conocimiento, 14.
 Expectación de la gracia, 18.
 Reflexiones sobre el arte humano, 23.
 Greguería, 29.
 La dialéctica de Chesterton, 47.
 Teosofismo, 81.
 La fe y el sentimentalismo teosófico, 95.
 Genio y talento, 102.

MARIO PINTO.

El poeta Jacobo Fijman, 34.
 Una novela de Cocteau, 49.
 Falsos problemas, 76.
 Caridad de Maritain, 93.
 René Schwob, 101.
 Método, 116.

JUAN OSCAR PONFERRADA.

Una copla, 94.

ALBERTO PREBISCH.

Héctor Basaldúa, 13.
 Pintura: Héctor Basaldúa - Pedro Figari, 69.
 Arquitectura, 106.
 Arquitectura popular, 113.

MANUEL RODEIRO.

Fragmento de un cuaderno, 90.

CARLOS A. SAENZ.

Apologética y liturgia, 6.
 Romanticismo, 17.
 Civitas, 26.
 Fuga, 36.
 Feminismo, 39.
 Iconos, 51.
 La leyenda, 93.
 Gramática, 107.
 Nota, 113.

RICARDO VINES.

Thibault le Coliquard, 82.

TRADUCCIONES Y TRANSCRIPCIONES de "NUMERO".

Horas menores: *Prima, Tercia, Sexta, Nona y Completas*, 63.
 Vocabulario de León Bloy, 77.
 León Bloy - Jardín cerrado, 89.
 Entrevista de los cuatro amantes, 91.

El sueño de Colón, 100.
 Dies irae, 108.
 Maurice Blondel - El misterio de la pasión en Oberammergau, 109.
 Política (Un manifiesto), 111.

GRABADOS

SIGNOS DEL ZODIACO.

Acuario: Juan Antonio, 1.
Piscis: Juan Antonio, 9.
Aries: Juan Antonio, 20.
Taurus: Juan Antonio, 29.
Geminis: Héctor Basaldúa, 37.
Cáncer: Víctor Delhez, 49.
Leo: J. A. Ballester Peña, 57.
Virgo: Norah Borges de Torre, 69.
Libra: Juan Antonio, 81.
Escorpio: J. A. Ballester Peña, 93.
Sagitario: Juan Antonio, 101.
Capricornio: Juan Antonio, 113.

JUAN ANTONIO.

Flevit amare, 55.
 Santa Rosa de Lima, 77.
 Xilografía, 79.
 La Virgen y el Niño, 89.
 J. A. BALLESTER PEÑA.
 Xilografías, 25.
 El circo, 40.
 El ángel, el poeta y la paloma, 64.
 Ángel en casa de mercader, 76.
 La pureza no agrede ni teme, 90.
 El ángel, el poeta y el soldado, 104.
 Dibujo, 120.

HECTOR BASALDUA.

El paseo, 13.
 RETRATOS DE MUERTOS: José Mármol, 52; Esteban Echeverría, 60; Carlos Guido y Spano, 72; María, de Jorge Isaacs, 85; Olegario V. Andrade, 98; Evaristo Carriego, 105; Almafuerde, 121.
 Orillas de pueblo, 62.
 El paseo, 73.
 La conversación, 84.
 Vistas del 6 de septiembre, 98 y 99.
 El baile, 107.

CATEDRAL DE CHARTRES.

Anunciación a los pastores (detalle), 117.

JEAN COCTEAU.

Dibujo (inédito), 50.

VICTOR DELHEZ.

Paisaje, 15.
 El "beau parleur" y 4 vanidades, 78.
 Grabado, 96.

PAUL MONNIER.

San Bruno, 110.

NORAH BORGES DE TORRE.

Avión, 17.
 Ricardo Viñes, 102.
 Tres hermanas en el jardín, 108.